

REVISTA DE DERECHO

AÑO XV. OCTUBRE - DICIEMBRE DE 1947 N.º 62

DIRECTOR: SR. ORLANDO TAPIA SUAREZ

COMITE DIRECTIVO:

SRES.

ROLANDO MERINO REYES

JUAN BIANCHI BIANCHI

VICTOR VILLAVICENCIO G.

QUINTILIANO MONSALVE J.

ESCUELA TIPOGRAFICA SALESIANA - CONCEPCION

SILVESTRE MOLINA URRA

DEL TRABAJO EN EL INTERIOR DE LAS MINAS DE CARBÓN

TITULO I

EXPRESION Y NATURALEZA DEL TRABAJO

1.—Información previa.—Hablar de la naturaleza de la faena minera del carbón es contraer delicado compromiso con una realidad que, a fuerza de ser ajena al común de los hombres, expone con frecuencia al falseamiento y a equivocadas interpretaciones. En tal predicamento, parece acertado intentar descripciones hasta donde las circunstancias lo permitan, prescindiendo en lo posible de la apreciación personal para dar paso a lo objetivo.

Nos referiremos exclusivamente al trabajo realizado en el interior de la mina, por ser el de la superficie sólo un complemento de aquél y tener características que no difieren en mucho de las industrias en general; razón por la cual el nuevo Reglamento de Policía minera, de 16 de Mayo de 1946, entrega a diferentes organismos la fiscalización de una y otra faenas, aun cuando formen una sola entidad industrial. En esta virtud, la fiscalización de las faenas en el interior de las minas estará a cargo del Departamento de Minas y Petróleo, y de las actividades mineras del exterior siempre conocerán los funcionarios dependientes de la Inspección del Trabajo.

2.— Acceso a las faenas.—El acceso a las faenas de extracción de carbón se verifica a través de dos vías: los piques y los chiflones, siendo este último el sistema que prevalece actualmente y que tiende a ser superado por el anterior, debido a las razones que más adelante consignaremos.

3.—a) Piques.—El acceso en piques significa bajadas verticales en pozos estrechos, de escasos metros de diámetro por centenares de metros de profundidad, según la distancia a que se encuentren situados los estratos carboníferos. En ellos, el tráfico lo realizan, simultáneamente hacia el fondo y hacia la superficie, en carreras vertiginosas de "jaulas", verdaderos ascensores, que transportan el material humano, carbón y demás elementos. Este movimiento es impreso por winches cuya manifestación exterior son las poleas que giran inversamente sobre las techumbres que cobijan los piques.

La primera visión de la boca de un pique deja extraña sensación de novedad; parece una estrecha ventana que nos anticipa jornadas de singular rudeza. Este aparecer y desaparecer vertiginoso de las "jaulas" en la boca de los piques, siempre va acompañado de maniobras rápidas de cargue y descargue. Tan febril actividad se verifica en silencio, sólo interrumpido por el ruido de los carros que entran o salen de las "jaulas" y por las maniobras de seguridad. En la boca de los piques se anticipa también el agua y la humedad de las profundidades. Cada "jaula" que sube a la superficie, llega chorreando agua que satura de humedad el ambiente; llega impregnada también de la herrumbre que los años y la intensa actividad le han dado.

Bajar a un pique es sentir experiencias nuevas en el cuerpo y el espíritu: sentir que el piso de la "jaula" se escapa aceleradamente de nuestros pies y con ello la luz; saber que, a siete o más metros por segundo, descendemos verticalmente hacia el fondo de la tierra y que nuestra frágil condición está sujeta a la pericia del hombre que actúa frente al formidable winche que nos sostiene; tener conciencia que, a través de centenares de metros, estamos así tan inquietamente cohibidos y hundiéndonos en profunda obscuridad.

TRABAJO EN LAS MINAS DE CARBÓN

441

Pero aquí el tiempo no admite apreciaciones. Y una vez que estamos en la entrada de la galería horizontal, la "jaula" escapa aceleradamente hacia la superficie, y habrá de subir y bajar así, minuto tras minuto, año tras año, con hombres, carbón y materiales, saturada de tragedia y de riquezas...

4.-b) Chiflones.—La bajada en chiflón se hace lentamente, en comparación con la anterior, a través de galerías de plano inclinado hacia el interior de la tierra.

Es la hora de entrada de un turno; a medida que nos internamos van pasando, en sentido contrario al nuestro, los mineros del turno anterior. Es un desfile de luces en la oscuridad de las interminables galerías; las lámparas de los mineros, cual enormes libélulas, son la única manifestación de vida. El silencio de los que salen, contrasta profundamente con la algazara de los que ya entraron. Este avanzar de luces hacia la superficie se prolonga más y más hacia el fondo de las galerías. A lo lejos titilan como estrellas lejanas en apretadas constelaciones; luego se van agrandando y aparecen en su realidad al pasar junto a nosotros. Sólo en este momento sentimos presencia humana: son los mineros que van saliendo en callada procesión; frente a las luces de nuestras lámparas aparecen rostros cansados, apenas perceptibles a través de la máscara de carboncillo que los cubre. Y es que al agotamiento de ocho horas de trabajo, y generalmente de diez o doce bajo tierra, hay que agregar un último esfuerzo más para alcanzar la superficie.

Continúa nuestra bajada, novedosa al comienzo, monótona en seguida; seguir a través de galerías que se prolongan y repiten en interminables laberintos; doblar aquí; subir repentinamente; volver a bajar y, al fin, no saber de nuestra precisa ubicación, ni menos qué depara la oscuridad que hay más allá de nuestras lámparas. Sabemos sí que hemos descendido centenares de metros y hemos avanzado algunos kilómetros. Es de interés, no exento de inquietud, pensar que el mar está sobre nuestras cabezas. Y que aún avanzaremos más.

Sólo más tarde, en el departamento de los planistas en la superficie, podremos saber donde estuvimos: "Tráfico N.º tanto, Sur"; "Muestra 2"; "Maestra Tacna"; "Corriente principal";

"Winche N.º tanto"; "San Pedro"; "Maestra 1"; etc., nombres que identifican los distintos puntos del complicado laberinto interior.

Estos caminos que nos llevan a los frentes de carbón son variados: su rumbo y ubicación han sido determinados por la caprichosa ubicación de los mantos carboníferos. Las dislocaciones del terreno terciario interrumpen con frecuencia los mantos y es preciso ubicarlos nuevamente labrando algunas veces la roca viva; los caminos que quedan por esta razón son firmes; ni el piso, las paredes o el techo constituyen problemas. Pero en la mayor extensión de las galerías, la presión lateral y vertical de la tierra ponen el tráfico en peligro. En tales ocasiones es preciso construir verdaderos túneles, de madera en partes, en otras de concreto o ladrillo, que demandan permanente cuidado. Las galerías, se dice, "se sientan".

De trecho en trecho, los formidables trozos de madera que sostienen los techos están quebrados por la presión que ejerce sobre ellos, y a su través, el poco grato espectáculo de rocas amenazando caer. Otras veces es el agua que se filtra. Junto a la ubicación de canales de desagüe se agrega el inconveniente de soportar el agua que cae del techo. Estamos aún en las principales galerías de acceso. Su amplitud no varía. A través de ellas hacen el tráfico, en doble sentido, los carros que suben cargados de combustible y materiales accesorios y bajan vacíos o cargados de gente. En algunas minas —Schwager, por ejemplo— el ascenso del carbón, en esta parte, se hace sobre extensas transportadoras de caucho que, lo mismo que los Sinfín, están en permanente movimiento. Dichas cintas se mueven en galerías paralelas a las del tráfico principal.

El movimiento de los carros que transportan el carbón y materiales accesorios es impreso por los "Sinfín" y winches, cuyos cables de acero de enorme extensión, en permanente movimiento y casi rozando la tierra, son accionados en un extremo de cada circuito por poderosos motores eléctricos. Para fijar cada carro a los "Sinfín" y winches, o para soltarlos de ellos, están los "enganchadores" y "machineros", los que realizan una de las labores más peligrosas de las minas. Su trabajo ha de realizarse sobre los carros en movimiento, y ha de ser una labor de cuidado y responsabilidad.

TRABAJO EN LAS MINAS DE CARBÓN

443

Un mal enganche de los carros puede significar catástrofes de incalculables proyecciones, con los carros que se sueltan repentinamente en las pendientes —se van “en banda”— arrastrando cuanto encuentran a su paso. Los “cabos” de los Sinfín son aprovechados por los mineros en los viajes de regreso a la superficie, para lo cual es preciso hacer alarde de excelente equilibrio y desprecio del peligro que el caminar sobre ellos significa.

Hemos dicho que en algunas minas, paralela a la galería principal, va la cinta transportadora de carbón. Asimismo, y al otro lado del tráfico, va la galería de ventilación o “revuelta”. Esta es imprescindible en todo trabajo minero; por ella asciende el aire viciado de la mina aspirado desde la superficie por poderosas máquinas. Esto mismo produce corrientes de aire frío en la entrada de las minas y en la primera extensión de las galerías. Después, y a medida que se desciende, la temperatura aumenta de tal manera que en los frentes mismos de explotación es necesario prescindir de la casi totalidad de las ropas.

Para estos cambios de temperatura, es preciso iniciar el descenso muy abrigado y desprenderse de la indumentaria a medida que se interna en la tierra. Durante el regreso a la superficie debe procederse inversamente. Esto naturalmente, cuando se dispone de la ropa necesaria. La generalidad de los mineros, si bien es cierto que procura esta condición, no siempre obtiene resultados favorables, por razones que está demás consignar.

Las “revueltas” o galerías de ventilación han de correr paralelas a cualquiera nueva galería o laboreo, comunicándose con éstos para los fines indicados.

5.—Los frentes de carbón.—Hemos visto, de un modo general, el aspecto interior de las galerías de acceso. Existen abundantes detalles que presentarían un cuadro más variado, pero que de ninguna manera alterarían la esencia de lo ya descrito.

Nos corresponde hablar de los frentes de carbón. Anticipamos que constituyen el substratum del trabajo minero, siendo sólo aquí donde puede percibirse la calidad profundamente humana de la faena.

Las iluminadas galerías de acceso se han bifurcado y extendido en todas direcciones, pero siempre conservando la inclinación

primitiva. Estas ramificaciones, mantos de carbón ya explotados, sirven de conexión entre las galerías principales y los frentes mismos. Ya estas galerías secundarias, alejadas en algunos minerales miles de metros de la boca de las minas, carecen de la iluminación de aquéllas. Con las mismas características, en cuanto a inclinación, son más estrechas y bajas. Es en este tráfico donde es preciso observar mayor cuidado, tanto para no ser atropellado por los carros en permanente circulación como para no ser alcanzado por los cables de los winches y Sinfin. Aquí sólo de trecho en trecho hay luces, en pequeñas estaciones de control a cargo de un solo hombre. Transponiendo estos pequeños intervalos de luz, la obscuridad es total; reina soledad y silencio, apenas interrumpido por el roce de los cables sobre la tierra y de los carros que, de vez en cuando, con destemplado ruido anuncian su presencia.

En las minas mejor mecanizadas —Lota, Schwager— la locomoción en algunas galerías se hace con locomotoras eléctricas o a petróleo que arrastran convoyes de varios carros de carbón. Con su rodar vertiginoso, y su iluminación que rasga momentáneamente las tinieblas, constituyen expresión de inusitada vida que pronto desaparece para dejar de nuevo la obscuridad, el silencio y el hálito húmedo de las profundidades que se adentra en los pulmones.

6.—Laboreos.—Y llegamos a los laboreos. Su aspecto es más o menos uniforme en toda la zona carbonífera, tanto por la inclinación como por la altura de los mantos. Algunos de estos laboreos son más mecanizados que otros gracias a la participación de las circadoras, máquinas eléctricas que pueden acelerar la producción pero que no salvan la irremediable participación directa del minero en la faena.

Las galerías secundarias o “maestras” se estrechan repentinamente, y debemos abandonar nuestra natural y humana facultad de caminar verticales. Los mantos de carbón, con un espesor que, salvo el caso de dislocaciones del terreno, varía de los sesenta a ciento veinte centímetros —sólo Lota tiene un manto de altura superior— obligan a caminar a gatas. El carbón ha de arrancarse sentado, de rodillas, “en cuchillas” o arrastrándose sobre las estrias rocosas (Esa posición tan cómoda y humana en que se exhibe frecuente-

TRABAJO EN LAS MINAS DE CARBÓN

445

mente al minero de pie, no logramos presenciarla en ninguno de los viajes al interior de las diferentes minas de carbón).

Se arranca el carbón sobre la pared frontal de avance. Sobre ella cae, turno tras turno, año tras año el golpe incesante del pico y la barreta. En aquella posición —sentado sobre el suelo, de rodillas o arrastrándose— ha de permanecer el barretero 8 horas consecutivas. Se avanza en laboreos que varían en longitud, algunos de casi centenares de metros hasta otros de escasa extensión. Son los "cortes" (explotación mecánica) y "ramos" (explotación manual), respectivamente. La parte vacía y posterior de este avance se va rellenando, en algunas partes de roca, por los "empaquetadores" o "compostureros". El declive de los mantos es considerable. El minero, en las posiciones descritas, apretado entre el techo y el suelo, debe cuidar también de no resbalar. En los "cortes", gracias a este pronunciado declive de los mantos, es posible movilizar el carbón hacia las zonas inferiores por medio de canoas metálicas en permanente movimiento. Una vez extraído el carbón y trasladado por las canoas, como se ha dicho, llega a los carros que lo transportarán al exterior o a los "volcadores". Los "volcadores" son la central de carga hacia la que converge toda la red de galerías que lleva a los diferentes laboreos o frentes de carbón, separados unos de otros por considerable distancia.

Cada avance de los barreteros significa un nuevo enmaderamiento del techo sujeto a tupidos puntales (Los cálculos pertinentes señalan el uso de un puntal por tonelada de carbón). En algunos lugares es tal la presión del techo, que el enmaderamiento apenas permite el movimiento de una persona entre el laberinto de maderas. La faena de enmaderamiento corresponde a los "contratistas" o enmaderadores; son éstos los que aseguran la faena y, en cierto modo, la vida de los barreteros. Al respecto, cabe anotar un detalle interesante sobre la explotación en las minas alemanas del Ruhr: la enmaderación la hace el mismo barretero, dándose la seguridad que desea y que, por cierto, es la mejor. Este cambio momentáneo de actividad favorece su trabajo, detalle que es preciso tener en cuenta al hablar de la racionalización de las faenas carboníferas.

La inclinación favorable al traslado del carbón por las canoas, es un obstáculo en la circulación a través de estos estrechos es-

pacios. Por cierto que cada barretero permanece sus 8 horas de trabajo —sentado, de rodillas o arrastrándose en el suelo— en una extensión muy limitada. La iluminación es aquí individual. Más allá de los rayos de cada lámpara, enfocados sobre un área limitada, sólo hay obscuridad. En algunas minas, por la calidad misma del carbón, éste se disgrega y el aire se satura totalmente de carboncillo y polvo. En estos lugares, los haces luminosos de las lámparas eléctricas son como cuchillos que penetran en este ambiente espeso. Cuando se trata de iluminación más primitiva, el débil parpadeo de las lámparas de aceite apenas delata la presencia del hombre entre las sombras. A lo lejos, lámpara y minero —deshumanizado y lúgubre binomio— dan extraña angustia de soledad y abandono.

Aislamiento y sombras. Índice común a la faena del carbón. No han sido escasas las ocasiones en que este aislamiento se ha convertido en definitivo por la repentina obstrucción de las galerías de acceso debido a derrumbes. Para comprender este aislamiento tengamos presente que cada laboreo significa el extremo más avanzado de la mina, vale decir, a kilómetros de la entrada, y que nunca se ha de frecuentar el mismo espacio. Es la faena con sus precarios límites en eterno movimiento. Hoy aquí mañana más allá; siempre más lejos de la superficie, cada día más hundido entre las sombras, dando menos esperanza de escapar a las garras del grisú que, de tarde en tarde, asola las faenas carboníferas.

Todo frente actual de carbón se encuentra a varios cientos de metros bajo el mar, excepción hecha de algunas explotaciones de la zona de Curanilahue. Anteriormente dijimos que a medida que se descendía era necesario desprenderse de ropa, debido a que la temperatura sube a medida que nos internamos en la tierra. Es precisamente en los frentes de carbón donde ya no es posible soportar sino el mínimo de vestido que la moral admite. La temperatura propia de la profundidad, agregada a la ventilación deficiente y al rudo esfuerzo del barretero para labrar el carbón y la roca, hace que éstos casi en su totalidad apenas lleven pantalones y un copioso sudor los empape enteramente. Pues bien, en estos frentes, de aire saturado de carboncillo y de polvo, el minero es tan sólo un trágico monigote negro, totalmente ennegrecido, en el que no es posible distinguir facciones sino apenas los ojos enrojecidos por el carbón y los labios resacos. En otros casos no es el carbon-

TRABAJO EN LAS MINAS DE CARBÓN

447

cillo en suspensión el que agrava la natural rudeza de la faena. Es el agua que se desprende a través del techo y moja las encorvadas espaldas mineras. Cuando el agua viene a reemplazar al carboncillo o polvo, en vez del trágico monigote negro de ojos enrojecidos y labios resecos, es el minero en constante evaporación que satura el ambiente de humedad.

Más de una vez, al presenciar estas jornadas, tuvimos la sensación de estar viendo, no ya el trabajo de seres semejantes a nosotros, sino el de extrañas bestias.

La faena de los frentes de carbón transcurre así, sincronizada por el pertinaz martilleo de las canoas que resbalan el carbón hacia los carros y el incesante barretear. Es la dura e interminable sinfonía cuyos ecos se pierden a lo lejos en la obscuridad de las galerías.

He ahí la faena minera en su esencia. Naturalmente que en el tráfico, en las labores eléctricas y mecánicas, participa gran número de personas que realizan trabajos no exentos de rudeza y riesgo, falta de aire y luz, factores comunes a estas faenas. Es así como ya nos hemos referido a la labor de los "enganchadores", "machineros" y "corredores", que han de revisar constantemente el tráfico de los carros. Pero es la labor de los barreteros y de los que exploran los nuevos mantos de carbón, lo que resume, en nuestro sentir, el substratum de estas labores.

Manifestábamos, al iniciar el presente párrafo, cierta inquietud al pretender definir la naturaleza de la faena minera. Por esto la describimos en cuanto nos fué posible. Ocurre con las visitas a las minas de carbón lo mismo que cuando nos internamos en un recinto oscuro: al comienzo todo es tinieblas; luego, y a medida que nuestras pupilas se adaptan al ambiente, empezamos a distinguir sombras en la penumbra. Expliquémonos: la impresión de la primera visita a un laboreo expone fatalmente a una exagerada apreciación. Y ello porque este trabajo, talvez el más penoso y rudo de todos, se desarrolla en un ambiente absolutamente ajeno a cualquier otro. En tal apreciación deben incurrir esas cómodas e interesadas visitas que, de vez en cuando, llegan por allí y luego creen haber visto parte del infierno. Mas, a fuerza de seguir observando y viviendo día a día la misma realidad, es posible desprenderse paulatinamente de aquella primera impresión. ¿Despren-

derse totalmente de ella? No. Eso no sería posible mientras pueda subsistir el recuerdo de los viajes al interior de las minas de carbón; mientras pueda sonar en los oídos el respirar anhelante del minero ansioso del aire puro que le dió Dios y que le niegan sus miserias; mientras quede en la retina la imagen de aquellos ojos enrojecidos como por mucho llorar y de los labios resecos como clamando misericordia.

7.—El trabajo minero en el concepto común.—Apreciaciones técnicas.—¿Cuál es el concepto que hasta aquí ha merecido esta realidad?

Ha habido diversos modos de apreciarla, según haya sido el ángulo desde el cual se la ha observado. Y es curioso anotar una verdadera gama de criterios, que van desde el que ha vivido intensamente la faena, pasando por el que transitoria y contemplativamente la observó, hasta el que se informó cómodamente de oídas. Veamos:

"El señor Uribe Cárdenas.—Yo protesto, señor Presidente, en mi calidad de representante de la zona del carbón, de las expresiones injuriosas y ofensivas para los obreros carboníferos, contenidas en el informe del señor Berguño. Protesto de que se quiera culpar a los sindicatos del enorme crimen que año tras año se ha venido cometiendo en las minas, al convertir en guiñapos humanos a generación tras generación. Yo quiero dar unos datos a esta Honorable Cámara, para que después que me escuche, juzgue si se puede culpar a los obreros de las monstruosidades que he presenciado en las minas y si es posible tolerar que tales cosas ocurran en un país civilizado" (1).

"El señor Escobar, don Andrés.—He bajado al fondo de las minas, hasta los puntos de trabajo, honorables diputados; y ruego a sus señorías que me escuchen: he estado con los obreros, he visto como trabajan. El trabajo en las minas del carbón es de lo más penoso...

(1) Cámara de Diputados. Sesión 31 Ordinaria. Martes 29 de Julio de 1941. Presidencia del señor Alfredo Rosende.

TRABAJO EN LAS MINAS DE CARBÓN

449

El señor Opazo Cousiño.—¡Qué barbaridad!...

El señor Escobar, don Andrés.—Es una barbaridad. Y su señoría no se atrevería a llegar al fondo de la mina. Se desmayaría al entrar a la boca de ella.

—Hablan varios diputados a la vez.

—Funcionan los silenciadores.

El señor Cifuentes, don Rafael.—Si no sale muerto por los comunistas...

El señor Fonseca.—Su señoría no cabe en la boca de la mina...

El señor Escobar, don Andrés.—No, honorables diputados: son los explotadores los que matan a los obreros comunistas. He podido constatar como viven los obreros del carbón, como trabajan y como mueren en esa infame explotación" (2).

* * * *

Es común una observación, cada vez que se hace presente esta realidad casi trágica de las faenas del carbón en nuestro país. Y es la de que en todo el mundo las faenas carboníferas constituyen el trabajo más rudo. Sin embargo, es interesante saber que ingenieros y técnicos extranjeros han quedado horrorizados en presencia de las condiciones de trabajo observadas en nuestras minas de carbón.

¿Falta de mecanización? Puede ser, ya que cálculos aproximados dan a Lota, por ejemplo, sólo el 25% de su frentes de trabajo mecanizados. ¿Mantos muy delgados y excesiva pendiente que no permiten una explotación más cómoda? Ya hemos visto las condiciones por demás precarias en que se desenvuelve la faena del minero, apretujado entre los escasos decímetros del techo al suelo. ¿Acaso falta de compensación de la vida de la superficie con la rudeza del trabajo interior? Ya veremos más adelante cuáles son las condiciones en que transcurre la vida del minero fuera de las faenas, y cómo un salario medio de \$ 45 apenas le permite subsistir. Los mineros carboníferos norteamericanos e ingleses, haciendo jornadas efectivas de 6 horas diarias, tienen actualmente sala-

(2) Idem cita anterior.

rios que fluctúan entre 9 y 11 dólares y 35 chelines, respectivamente, lo que nos puede dar la verdadera medida de su standard de vida.

Pero hay algo más que agregar en relación a la naturaleza del trabajo de las minas de carbón: de estas labores que, a fuerza de repetirse cada día, van creando en su permanencia el tedio y la monotonía; de efectuar estos trabajos que, por su naturaleza, sólo exigen rendimiento y no calidad; de realizar faenas agotadoras en medio tan adverso y que cada día hunde más y más al hombre en éste su único destino. ¿Cómo creer que este trabajo pueda dignificarlo, cumpliendo sus altos fines, si cada día ha de bajar a las minas sólo a dejar huellas de su sangre y ni remotamente de su espíritu?

Y es que "también el minero puede ahondar la tierra con sentido religioso: él es el explorador de horizontes interiores del planeta, el mago que en un puñado de tierra trae imanes y talismanes para los corazones, trae el secreto de las transmutaciones del tiempo" (3).

Desde un punto de vista meramente técnico, nuestras minas de carbón presentan, como ya decíamos al hablar del escaso porcentaje de mecanización de las faenas de Lota, un manifiesto retraso en comparación con las norteamericanas y europeas. Según la "Crónica de Seguridad Industrial" (4), la proporción de 20% arrancado a mano en Inglaterra tiende a reducirse rápidamente mediante la mayor introducción de maquinarias. "Las cargadoras mecánicas y las máquinas que simultáneamente cortan y cargan el carbón representan un progreso revolucionario en la técnica minera, de la mayor importancia para el futuro de la minería. Ofrecen la posibilidad, allí donde pueden utilizarse, de un gran progreso hacia el ideal de reducir más la cantidad del trabajo efectuado con palas de mano".

Por las mismas razones de desarrollo técnico, el rendimiento por obrero en las minas altamente mecanizadas del Ruhr era en 1937

(3) Enrique Molina: "De lo espiritual en la vida humana". 1947.

(4) "Crónica de Seguridad Industrial". Oficina Internacional del Trabajo. Enero-Marzo de 1946. Pág. 26.

TRABAJO EN LAS MINAS DE CARBÓN

451

de 1700 kilogramos diarios (5), mientras que en nuestras minas tal rendimiento, en 1946, sólo era de 458 kilogramos diarios.

Pero nuestro escaso tecnicismo no se manifiesta únicamente en la carencia de mecanización. Falta, manifiestamente, como en la mayor parte de nuestra vida industrial, la racionalización de las faenas. Así lo hacía presente en su conferencia "Modernos métodos de explotación del carbón", el ingeniero señor Walter Vogel (6), al establecer un paralelo en la mano de obra que ocupan los diversos procesos de la extracción del carbón en las minas del Ruhr y las minas chilenas:

Trabajo en las minas de carbón

Número de obreros empleados en las faenas

Minas del Ruhr Minas chilenas

Trabajos productivos

Preparación avataje	12	40
Paleo, avataje	95	190
Enmaderación	22	60
Carguío	8	30
	<hr/> 137	<hr/> 320

Operaciones semi - productivas

Transporte maestras	22	100
" chimeneas	16	90
" en los pisos	46	30
" al exterior	6	30
	<hr/> 90	<hr/> 250

(5) Walter Vogel: "Modernos Métodos de explotación del carbón". Conferencia dictada en la Cuarta Convención de Ingenieros de Minas de Chile. Concepción, 29 de Septiembre de 1947.

(6) Idem cita anterior.

Número de obreros empleados en las faenas

Minas del Ruhr

Minas chilenas

Operaciones improductivas

a) Preparatorias:

Avances en tosca	50	70
Preparación de los mantos, avance maestras y galerías	60	96
Cambio transportadora	30	31
	<u>140</u>	<u>197</u>

b) Mantenimientos:

Relleno Cortés	51	40
Reparación maestras	23	70
" galerías tosca	42	40
" piques	2	5
Varios	7	40
Mantenimiento maquinarias	6	90
	<u>131</u>	<u>285</u>

TITULO II

DURACION DE LA JORNADA MINERA

8.—Cómputo de las horas de trabajo.—Se inicia la faena desde la llegada del minero al frente de carbón. Los laboreos actuales están a considerable distancia de la boca de las minas: tres a siete mil metros, y a algunos centenares de metros de profundidad.

Para llegar a ellos es preciso ocupar una hora o más de viaje, ya en el interior de las minas (hacemos excepción de Colico Sur y otras más pequeñas). Si a esto agregamos la duración del regreso, tenemos que el minero ha de permanecer en el interior de la tierra lapsos que se prolongan de 10 a 11 horas. Ya en la superficie, es preciso ocupar más tiempo aún en la entrega de lámparas, con-

TRABAJO EN LAS MINAS DE CARBÓN

453

trol, etc. En algunos casos, la distancia desde el hogar del trabajador hasta los establecimientos mineros es tan grande que, para llegar oportunamente a la iniciación de las jornadas, es preciso anticipar considerablemente la partida, lo que resta evidentemente el tiempo necesario para la dedicación a faenas propias del hogar. Tal sucede, por ejemplo, en las minas de Schwager con los obreros que viven en Coronel; en Plegarias, con los que viven en Curanilahue. Es verdad que los dos establecimientos anteriores tienen trenes obreros para los efectos del caso, pero esto atenúa sólo en parte tan grave inconveniente. Actualmente se les presenta una situación semejante a los obreros de Lirquén, trasladados a dicho mineral con motivo de la paralización de las minas de Cosmito, teniendo en este último recinto sus hogares. El transporte de ellos se hace en camiones; se aprovecha, también, el ferrocarril de Concepción a Chillán, y a menudo los obreros hacen a pie el recorrido de más o menos 5 kilómetros.

Se han sugerido dos soluciones para este problema: a) Cumplimiento de los arts. 24 y siguientes del Código del Trabajo, esto es, jornada diaria de 8 horas de "boca a boca" de las minas; y b) Establecimiento de cuatro turnos de 6 horas cada uno, con las prolongaciones anteriormente expuestas.

Aceptar el primer temperamento significaría establecer jornadas de 5 a 6 horas de trabajo efectivo y, consecuentemente, un mayor desembolso de las Compañías para mantener el ritmo actual de producción con mayor número de operarios. Situación semejante se presentaría en el segundo caso, con la ventaja de que se tendría una jornada uniforme de trabajo, esto es, de 6 horas.

Tales reformas parecen de impostergable necesidad, ya que ellas determinarían: desde el punto de vista del trabajador, un lógico descanso, más tiempo para cultivarse y hacer vida de hogar. "El exceso de trabajo, dice un autor, produce un desgaste fisiológico que agota la naturaleza, embrutece al individuo y degenera la raza" (7); desde el punto de vista de las empresas, mejor reserva humana, con mejores expectativas de rendimiento; desde el punto de vista del Estado, cumplimiento de imperativos constitucionales.

(7) Francisco Walker L.: "Derecho del Trabajo". 1941. Página 213.

No es posible imaginar hombres física y moralmente sanos después de años de laborar en las actuales jornadas. Si a esto agregamos las condiciones de vida que esperan al minero en la superficie, a las que nos referiremos oportunamente, es o un exceso de optimismo o una interesada ceguera presenciar el espectáculo y aceptarlo buenamente.

En relación con este mismo aspecto, cabe manifestar que la situación especial de los mantos de carbón chileno, la casi totalidad de ellos bajo el mar, hace que los laboreos estén ya tan distantes de la boca de las minas. Esto no sucede, según nos informamos, en los grandes centros carboníferos de otros países, v. gr. Inglaterra y Estados Unidos, donde el carbón está bajo el territorio terrestre. Bastan allí piques profundos y galerías en sistema de abanico, lo que agregado a una buena movilización interior, hace que la permanencia del obrero dentro de la mina sea menos prolongada. Con este mismo objeto, Schwager y Lirquén han iniciado la construcción de piques. Lota, que poseía piques desde el comienzo de su explotaciones, en Enero de 1947 inauguró, para concentrar todas sus minas, un pique de 500 metros de profundidad, cuya construcción demandó 14 años, siendo su costo de alrededor de 60 millones de pesos.

Lota y Schwager, según lo hicimos notar anteriormente, tienen ya en las principales vías de tráfico, movilización con locomotoras eléctricas.

9.—Jornadas continuas.—La jornada de 8 horas continuas es interrumpida por un intervalo de algunos minutos para ingerir el alimento. Durante este intervalo, en que no se paraliza totalmente el trabajo, se ingiere un breve refrigerio consistente en un sandwich, y generalmente en un pedazo de pan, con un poco de café que el trabajador lleva en una "charra", especie de marmita. De ninguna manera, en medio de la pesada faena, podrá servir este alimento para recuperar fuerzas. A la hora del refrigerio el café está comúnmente frío. Más aún, es frecuente que en vez de café en la charra vaya vino, debido en parte al difícil control que sobre este artefacto se puede tener y en parte a la gran afición al alcohol, mal común a todo el país y que aquí se agudiza enormemente. Más de un Jefe de Bienestar Social nos ha hablado maravillas de la uni-

TRABAJO EN LAS MINAS DE CARBON

455

formidad y abundancia de las calorías contenidas en la breve comida del minero en el interior de las minas. ¡Cómo desearíamos participar de tanto optimismo!

10.—Turnos de trabajo.—El trabajo en la zona carbonífera se realiza en tres turnos. No es del caso referirse a la importancia de esta industria en el país, para justificar la ininterrumpida labor que debe realizarse con el objeto de abastecer la constante demanda de combustible. Si a la cuota permanente para los ferrocarriles del país agregamos las innumerables industrias cuya energía se obtiene a base del carbón, y la constante demanda de este elemento para las flotas mercantes y de guerra, veremos cuánto puede significar para la nación la paralización, siquiera momentánea, de las faenas carboníferas.

Los tres turnos corresponden a un horario común en la zona y van: desde las 6 hasta las 14 horas; desde las 14 hasta las 22; y desde las 22 hasta las 6 horas del día siguiente.

Se presenta, a este respecto, el problema de la "inamovilidad" de los turnos, en cuya virtud los mineros trabajan permanentemente en las mismas horas, de tal manera que, por meses y años, hay miles de individuos que duermen únicamente en el día con el desmedro que esto significa para su salud. Se impone, por este motivo, la rotativa de los turnos, de suerte que sólo cada cierto tiempo se haga necesaria esta anormalidad en la vida del trabajador.

(Continuará)